El Hijo de Dios se apareció todavía diversas veces á sus apóstoles durante los cuarenta dias que permaneció en la tierra despues de su resurreccion; y se les aparecia de este modo, dice S. Lucas (*Luc.* 24.), para asegurarles por medio de repetidas pruebas sensibles que estaba vivo, y para hablar con ellos del reino de Dios. Como les habia destinado para llamar á los hombres con su predicacion á la posesion de este reino, les dió las instrucciones necesarias para que dignamente desempeñasen esta funcion; esplicóles todo cuanto se habia dicho de él en la ley de Moisés, en los libros de los Profetas y en los Salmos; y les hizo ver que era necesario, segun que estaba escrito, que el Cristo hubiese sufrido la muerte y todas las ignominias de su pasion, y que resucitase al tercero dia, como habia sucedido.

En estas apariciones frecuentes y familiares era cuando Jesucristo instruia á sus apóstoles en los principales misterios de la religion, en las grandes verdades de la salud, y cuando les formaba el plan de su Iglesia. Dábales entonces una idea justa de la disciplina; esplicábales los sacramentos que habia instituido y los que entonces instituyó, el modo de ofrecer el divino sacrificio, y toda la moral cristiana, hasta tanto que el Espíritu Santo, que les prometió enviarles, les comunicase una inteligencia perfecta de todo lo que les habia enseñado, queriendo que el Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, fuese quien diese la última mano, por decirlo así, á su obra.

§. LXVI.

Ascension gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

Diez dias antes de la fiesta de Pentecostes, esto es, el cuadragésimo despues de su resurreccion, habiendo el divino Salvador reunido en Jerusalen á todos los apóstoles y discípulos, se les apareció por la última vez. Comenzó por darles una dulce y caritativa correccion como buen padre sobre el trabajo que les habia costado al principio á la mayor parte el creer á los que le habian visto resucitado: abrióles el entendimiento que habian tenido cuasi todos hasta entonces cerrado para las verdades que les habia enseñado; les dió la inteligencia de las Escrituras, y principalmente de las que hacen relacion á los misterios de su muerte y de su resurreccion. Despues dirigiéndose singularmente á los apóstoles, les dijo que les habia elegido para dar testimonio de todas estas verdades en todas las naciones, y para predicar la penitencia y la remision de los pecados á todos los

pueblos de la tierra, comenzando por Jerusalen; que los que creyesen y recibiesen el bautismo, y llevasen una vida pura, santa y conforme á las máximas de su Evangelio, se salvarian; pero que los que no creyesen, ó que no viviesen cristianamente, serian condenados. (*Marc.* 17.) Y á fin de que vosotros podais trabajar con mas fruto en la conversion de los infieles, añadió, os daré poder para hacer milagros, para arrojar los demonios en mi nombre, para hablar nuevas lenguas; no tendreis que temer la mordedura de la serpiente, ni cosa alguna de cuanto hay venenoso. En fin, despues de haberles prometido que les enviaria el Espíritu Santo, les recomendó que pasasen algun tiempo en Jerusalen entregados al retiro y á la oracion, y que no se moviesen de allí hasta que hubiesen sido revestidos de una fortaleza superior que vendria de lo alto. Concluido todo esto, dijo á todos que fuesen con él al monte de los Olivos. Habiendo llegado allá, levantó las manos, y les dió á todos su bendicion. Adoráronle todos postrados en tierra, mientras que viéndolo ellos se elevaba poco á poco al cielo, hasta que por fin le perdieron de vista. (*Luc.* 24.) Entonces fué cuando el divino Salvador penetrando en un momento todos los cielos, en medio de toda la corte celestial que habia salido al encuentro de su soberano Señor, fué á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono donde reina y reinará mas allá de todos los siglos por toda la eternidad, comunicando á su sagrada humanidad toda la plenitud de su gloria.

Todos sus apóstoles y los demás discípulos que le habian visto subir al cielo por su propia virtud, penetrados de alegría, abrasados de amor, arrebatados de admiracion permanecian allí inmobles, fijos sus ojos en la nube que se lo habia quitado de la vista, cuando les aparecieron dos ángeles bajo la forma humana, vestidos de blanco, que les dijeron: *Varones de Galilea, ¿qué haceis ahí con los ojos fijos en el cielo? el Jesus que se ha levantado por el aire de en medio de vosotros al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto ir al cielo.* (*Act.* 9.) Hablaban del gran dia del último juicio en que Jesucristo vendrá á juzgar á todos los hombres.

La santísima Vírgen que habia asistido á la gloriosa Ascension de su divino Hijo al cielo, se volvió con toda aquella santa compañía á Jerusalen, en donde, segun el órden de Jesucristo, pasaron todo el tiempo en retiro y oraciones, hasta que fueron revestidos de la fuerza que debia venir de lo alto; esto es, hasta la descension del Espíritu Santo que sucedió diez dias despues, en el santo dia de Pentecostes.

El lugar desde donde nuestro Señor Jesucristo subió al cielo á vista de su santísima Madre, de sus apóstoles y de todos sus discípulos, era sobre la cima del monte Olivete que está á media hora de camino de las murallas de Jerusalen hácia la parte del poniente. Dignóse el divino Salvador dejar sus sagradas huellas impresas en la roca, y hundidas milagrosamente hasta dos á tres pulgadas de profundidad; y han permanecido allí despues íntegras y en la forma que fueron impresas, aunque los cristianos que desde entonces han ido allí en peregrinacion de todas partes y despues de tantos siglos no hayan cesado de raspar para sacar piedra ó tierra de ellas. Por la figura de los pies del Salvador impresa en la roca aparece que estaba de pié, y que tenia el rostro vuelto hácia el Septentrion.

Refiere Eusebio que cuando la emperatriz Sta. Elena, madre del gran Constantino, hizo edificar una magnífica iglesia en aquel paraje, ordenó que el pavimento fuese de mármol y de jaspe, y principalmente el sitio donde subsistian las huellas del Salvador; mas cuando quisieron cubrirlo de jaspe, no fué jamás posible el conseguirlo: todo cuanto se ponia allí encima, por rico, por precioso que fuese, era repelido y echado fuera por una virtud invisible, viéndose obligados á dejarlo descubierto. Añade S. Jerónimo que cuando se quiso acabar la bóveda de aquella magnífica Basílica, no fué posible tampoco cerrar el paraje que correspondia perpendicularmente al sitio de las huellas de los pies del Salvador, de suerte que se vieron obligados á dejar al descubierto el espacio por el cual se habia elevado Jesucristo desde la tierra al cielo, igualmente que el paraje de la roca en donde habia impreso sus sagradas huellas.

§. LXVII.

Misterios y fiestas principales en honor de Jesucristo.

Como en esta historia se han referido con bastante prolijidad, y hasta las menores circunstancias, todos los misterios de la vida y de la muerte de Jesucristo, hasta su gloriosa Ascension al cielo, no resta mas que hablar aquí de sus sagrados despojos; esto es, de los instrumentos de su pasion y de su muerte y de todo lo que habia servido á su sepultura, y que puede llamarse reliquias sagradas del Salvador, cuya mayor parte honra la Iglesia con fiestas particulares.

No solamente celebra la Iglesia todos los años la fiesta de todas estas cosas con tanta solemnidad para recordar la memoria de

estos sagrados misterios, los cuales pueden llamarse el alma de nuestra religion, sino tambien para que sus hijos saquen todo el fruto posible, se esciten al reconocimiento, y se alimente su piedad por la celebracion de estas grandes fiestas: en efecto, entre todos los ejercicios que pueden ocupar la piedad cristiana, no hay ninguno que parezca mas útil que penetrarse bien de su espíritu, y emplear debidamente los dias de las fiestas solemnes, puesto que se halla en ellas lo mas esencial que la religion nos propone, ya en sus misterios, ya en su culto.

Con esta mira celebra la Iglesia con tanta pompa y religion el misterio de la encarnacion del Verbo Eterno en el seno de la santísima Vírgen el 25 de marzo; el nacimiento de Jesucristo el 25 de diciembre; su circuncision el 1.° de enero; su manifestacion á los gentiles ó la Epifanía, comunmente llamada la fiesta de los Reyes, el 6 del mismo mes; su presentacion al templo de Jerusalen á los cuarenta dias despues de su nacimiento, el 2 de febrero; su gloriosa trasfiguracion el 6 del mes de agosto; la memoria de su pasion y de su muerte, la última semana de Cuaresma; su triunfante resurreccion el santo dia de Pascua, el cual se llama por escelencia *el dia del Señor*, y del que todos los domingos del año son como el dia de la octava; en fin, su gloriosa ascension al cielo, y diez dias despues la venida del Espíritu Santo visiblemente sobre sus apóstoles y sus discípulos en el santo dia de Pentecostes, como se lo habia prometido el divino Salvador. Y despues de todas estas grandes solemnidades la fiesta de la Eucaristía, que se llama la fiesta de Dios (*), una de las mas célebres y mas privilegiadas, como que contiene, por decirlo así, todos los demás misterios; puesto que la divina Eucaristía es como el compendio de todos, siendo, como es, la representacion real de su muerte, la obra maestra de su omnipotencia y de su sabiduría, el milagro por escelencia de su amor, y como el resúmen de todas sus maravillas.

Además de todas estas fiestas solemnes y universales, de los principales misterios de nuestra religion y los de la cruz adorable de Jesucristo, principal instrumento de nuestra salud, se celebran tambien en algunas iglesias particulares las grandezas de Jesus el 28 de enero; la fiesta del santísimo nombre de Jesus el 14 del mismo mes (**); la de las cinco llagas, monumentos

(*) En España se llama el dia de *Corpus Christi*.
(**) En España se celebra esta fiesta en la segunda dominica despues de la Epifanía.

eternos de nuestra redencion; la de los santos clavos y de la corona de espinas, de las que se hablará mas adelante.

Celébrase, por fin, al otro dia de la octava del dia de Corpus la fiesta del sagrado Corazon de Jesus, que ha sido el manantial de todos los beneficios de que nos ha colmado el Salvador, el asiento de su amor infinito para con nosotros, y el principio de todos estos grandes misterios. Esta fiesta se halla ya hoy establecida en un gran número de diócesis (*), y en la mayor parte con voto con motivo de la enfermedad contagiosa con que estuvo tanto tiempo afligida la Francia. La liberalidad con que los soberanos pontífices han derramado en muchos breves los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que llenos de zelo profesan esta sólida devocion, autoriza bastante su práctica. Aunque esta devocion que no tiene por objeto mas que el amor inmenso de que está abrasado el Corazon de Jesus y la reparacion de los ultrajes que recibe en la divina Eucaristía por la escandalosa ingratitud de los hombres; aunque esta devocion sea tan antigua y haya sido siempre tan amada de los mas grandes santos, como puede verse en el libro intitulado la *Devocion al sagrado Corazon de Jesus*, que el autor de esta historia ha dado al público, parece no haberse renovado en estos últimos tiempos en el corazon de los fieles, sino para hacer revivir aquel primer fervor cuasi estinguido hoy en la mayor parte de los cristianos.

A la verdad, como el corazon adorable de nuestro Señor Jesucristo es santo con la santidad de Dios mismo; como todos sus movimientos, segun la dignidad de la persona divina que los obra, son de un precio infinito; como este divino Corazon no solo es el asiento del amor inmenso con que nos ama Jesucristo, sino que tambien es su órgano; como de este sagrado Corazon es de donde nacen todos los sentimientos de dulzura, de bondad y de misericordia que este divino Salvador abriga para con nosotros; como él es la fuente y el tesoro de todas las gracias y de todos los beneficios de que hemos sido colmados, el asilo de los pecadores y la mansion mas dulce de las almas santas; en fin, como en este divino Corazon es donde se ha formado el plan de todos los sagrados misterios de la vida y de la muerte de Jesucristo, no debemos estrañar el que muchos santos hayan tributado á este sagrado Corazon un culto tan religioso y una devocion tan tierna.

«¡O dulcísimo Jesus, esclama S. Bernardo, qué riquezas encerrais en vuestro sagrado Corazon! ¿Es posible que los hombres no sientan sino débilmente lo que pierden por la indiferencia y el olvido que tienen para con este Corazon adorable? Por lo que hace á mí, añade, no quiero omitir nada para ganarle y para poseerle. Yo le consagraré siempre todos mis pensamientos; sus sentimientos y sus deseos serán los mios; en fin, todo lo daré, y todo lo sacrificaré para comprar este tesoro. (*D. Bern. de Pas. serm.* 3.) Pero ¿qué necesidad hay de comprarlo, continua el santo Doctor, puesto que él es verdaderamente mio? Sí, lo digo con confianza, el Corazon de Jesus es mio, puesto que él es mi cabeza; y el que es cabeza, pertenece tambien á todos los miembros. Este sagrado Corazon será, pues, de hoy en adelante el templo donde no cesaré de adorarle, la víctima que le ofreceré sin cesar, y el altar en donde haré mis sacrificios sobre él; el mismo fuego de divino amor en que arde su corazon, consumirá el mio; en este sagrado Corazon será en donde yo hallaré un modelo para reglar los movimientos del mio, un fondo para desempeñarme de todo lo que debo á la justicia divina, y un puerto seguro, en el cual al abrigo de las tempestades y de los naufragios diré con David (2. *Reg.* 7): He hallado mi corazon para orar á mi Dios; sí, yo he hallado este divino corazon en la adorable Eucaristía, en la que he encontrado el Corazon sagrado de mi buen amigo, de mi hermano, de mi rey, de mi redentor; y despues de esto, ¿en quién consistirá el que yo pida con confianza, y que obtenga lo que pidiere? Vamos, hermanos mios, entremos en este amable Corazon para no salir jamás de él.»

(*) Esta fiesta se celebra ya en España en todas las diócesis.

§. LXVIII.

La Invencion de la santa Cruz.

La Cruz sagrada, glorioso trofeo de nuestra redencion, augusto teatro de las divinas misericordias, instrumento precioso de que Dios se ha servido para la salvacion del género humano, ha sido despues de la muerte de Jesucristo el objeto del culto singular de todos los fieles Como era costumbre entre los judíos enterrar con los ajusticiados los instrumentos de su suplicio, la cruz del Salvador fué arrojada en un hoyo cerca de su sepulcro con los clavos con que habia sido clavado en ella. Despues de la resurreccion de Jesucristo los judíos no omitieron nada para sustraer á la veneracion de los cristianos todas estas preciosas reliquias. Habiéndose apoderado los paganos de los lugares santos, sobrepujaron aun en impiedad á los judíos, y nada dejaron por hacer para abolir hasta la memoria de ellas. Ellos habian cegado

la gruta del santo sepulcro, habian echado sobre ella una gran cantidad de tierra y de escombros, y para colmo de impiedad y de profanacion habian edificado encima un templo de Vénus, en donde ofrecian los mas abominables sacrificios que alejaban de allí para siempre á los cristianos.

Despues de la entera derrota de Licinio, emperador de Oriente, Constantino el Grande, primer emperador cristiano, viéndose único dueño de los dos imperios, escitado por el zelo de la ilustre Elena, su madre, empleó toda su solicitud en hacer que floreciese la verdadera religion destruyendo los aciagos restos del paganismo. Dió órden para destruir aquel monumento de la impiedad, y edificar allí una iglesia tan magnífica, que sobrepujó á los mas soberbios edificios de las otras ciudades.

Quiso encargarse por sí misma la emperatriz Sta. Elena de esta grande y piadosa obra. Ocupada hacia mucho tiempo en obras de piedad, y en todo lo que podia contribuir á la gloria de la religion, aunque ya contaba cerca de los ochenta años de su edad, fué á Jerusalen, resuelta á valerse de todos los medios para encontrar la cruz del Salvador, sin que la arredrasen obstáculos que parecian insuperables; porque, como dice Sozomeno, los gentiles en odio del nombre cristiano habian hecho todos sus esfuerzos, y puesto en ejercicio toda su industria para abolir hasta la memoria del lugar donde habia sido enterrada la cruz, y donde estaba el santo sepulcro. Santa Elena comenzó por echar abajo el ídolo y el templo, desmontó en seguida los terraplenes, y conducida por una antigua tradicion hizo cavar tan profundo que por fin se descubrió el santo sepulcro, cerca del cual se encontraron tres cruces del mismo tamaño y de la misma forma, sin que pudiese discernirse bien cuál era la del Salvador. El cartelon en que Pilato habia escrito estas palabras: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*, habia sido arrancado, y estaba entre las cruces, lo cual manifestaba bastante que una de las tres era la que se buscaba; pero no fué jamás posible conocerla.

En esta perplejidad la emperatriz consultó á S. Macario, obispo de Jerusalen, el cual fué de parecer que se aplicasen las tres cruces á algunos enfermos, no dudando que Dios declararia por medio de algun milagro cual de las tres era la verdadera cruz del Salvador. Fué aprobado este espediente; aplicáronse las tres cruces á una señora de cualidad que estaba en la agonía; las dos primeras no hicieron efecto alguno, mas apenas la enferma hubo tocado la tercera, cuando inmediatamente quedó curada en presencia de una multitud del pueblo, que fué testigo del milagro. Para asegurarse todavía mas de la verdad, pusiéronse las tres

cruces sobre un cuerpo muerto, y solo la que ya habia curado á la enferma, resucitó al muerto. Desde entonces se rindió á este sagrado leño, que habia servido de instrumento al misterio de nuestra redencion, el culto que le era debido, y desde aquel tiempo la memoria de aquel dia se hizo célebre entre las fiestas de la Iglesia bajo el título de la Invencion de la santa Cruz, cuya fiesta se celebra todos los años el 3 de mayo. La emperatriz santa Elena hizo edificar una magnífica iglesia en el mismo paraje en donde se habia encontrado la cruz, y en esta iglesia colocó la mitad del sagrado leño, que hizo engastar ricamente, y trajo la otra mitad al emperador Constantino, su hijo, el cual recibió el precioso presente con una veneracion singular. Conservó una porcion de él en Constantinopla, y envió lo restante á Roma, en donde fué colocada en la magnífica iglesia que este emperador hizo edificar allí exprofeso para esta sagrada reliquia, y que por esto se llamó la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen.

San Cirilo, que fué obispo de Jerusalen veinte y cuatro años despues de S. Macario, asegura que en poco tiempo se llenó el universo de partecitas de la porcion de la cruz que estaba en Jerusalen; porque sus predecesores, despues de S. Macario, y él mismo daban particulitas de ella á los peregrinos de calidad que venian por devocion á Jerusalen de todas las partes del mundo para reverenciar este leño sagrado: y el mismo Padre añade, como testigo ocular, que aquella porcion de la cruz no disminuia por la distribucion que se hacia de ella, renovándose en ella visiblemente el milagro de la multiplicacion portentosa de los cinco panes, en razon de que distribuyéndose sin cesar á pedazos, nunca se disminuia. San Paulino, que vivia en 425, dice que esta virtud milagrosa del leño sagrado, que muerto y seco, como estaba, parecia reproducirse aun como si estuviese vivo, se le habia comunicado por el contacto de aquella carne divina que habiendo sufrido la muerte sobre este mismo leño, la ha vencido por una resurreccion gloriosa. Esta cruz, aunque material y seca, sin que tenga cosa alguna vegetable, parece que todavía vive y se nutre; de suerte que desde aquel tiempo acá, añade este Santo, por mas que se ha cortado de ella un número infinito de partecitas para satisfacer á la devocion de los fieles, no disminuye; y aunque son tantos los que poseen de estos pedacitos, se diria que no se le ha tocado, y siempre aparece entera. Así hablaba S. Paulino acerca del milagro de la cruz en la undécima carta á Severo.

§. LXIX.

La fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz.

El año 615 habiendo Cosrhoas, segundo rey de Persia, tomado á Jerusalen, sacó de donde estaba la santa cruz, y con ella llevó cautivos un gran número de fieles, entre los cuales se contaba Zacarías, patriarca de Jerusalen. Heraclio, emperador de Constantinopla, le pidió la paz; mas no queriéndosela conceder el rey bárbaro sino con la condicion de que renegase de Jesucristo, y que lo mismo habian de hacer sus pueblos, para adorar al sol que era el Dios de los persas, una peticion tan impía llenó de una justa indignacion á los cristianos, al clero y á todas las casas religiosas que con todo gusto y con la mayor liberalidad cedieron sus bienes al emperador para sostener una guerra tan legítima. Animado aquel príncipe con este socorro, y todavía mas por su confianza en Dios, hizo adelantar sus tropas, y llevando él mismo una imágen milagrosa de nuestro Señor Jesucristo, á pesar de la desigualdad de sus fuerzas dió la batalla contra Cosrhoas el año 627, le derrotó enteramente, y consiguió de él una victoria completa. Habiéndose visto el rey bárbaro precisado á ponerse en fuga, fué perseguido hasta dentro de sus estados. En fin, Syroes, su hijo mayor, á quien él habia querido desheredar para colocar en el trono á su hijo menor, se apoderó de él, le hizo morir en una prision, y se hizo señor de sus hermanos. El nuevo rey pidió la paz al emperador, Heraclio se la concedió, con la condicion de que le volviese el sagrado madero de la Cruz, y pusiese en libertad á Zacarías, patriarca de Jerusalen, con los demás cristianos esclavos Verificáronse todas estas condiciones: fué llevada la sagrada Cruz en triunfo á Jerusalen en el mes de setiembre del año 628. Quiso el emperador llevar por sí mismo sobre sus espaldas el sagrado madero; pero no le fué posible entrar con él en la ciudad, sino despues de haber dejado sus magníficos vestidos cubiertos de pedrería y ricamente bordados y tomado otros sencillos, lo cual hizo siguiendo el parecer del patriarca. La Iglesia despues ordenó que se celebrase todos los años la fiesta de la Exaltacion de la Cruz el 14 de setiembre para no perder la memoria de un triunfo tan glorioso.

La porcion de la cruz que quedó en Jerusalen despues de haber sido sacada del poder de los persas, fué trasportada algunos años despues á Constantinopla para ponerla á cubierto de los insultos de los infieles. Los emperadores creian que no podian hacer un presente mas rico, que el de dar á los príncipes estranjeros algunas partículas de este madero sagrado: el emperador Justino el jóven envió una parte del que se guardaba en Constantinopla desde el año 569 á Sta. Radegundis, la cual le hizo poner en un rico relicario, que colocó en su célebre abadía, llamada por esto de santa Cruz, que ella hizo edificar en Poitiers, y en la cual concluyó santamente su vida el año 587. Esta preciosa reliquia dió motivo á Fortunato de Poitiers para componer en honor de la Cruz los dos himnos de que la Iglesia se sirve todavía hoy en las solemnidades de la adoracion, en el viernes santo, y en los oficios de la semana santa, que comienzan por estas palabras: *Vexilla regis... Pange lingua gloriosi, lauream certaminis...* Los emperadores continuaron despues haciendo presentes del sagrado madero, hasta que habiendo sido por fin trasportado lo que quedaba á Venecia se le dió al rey S. Luis, y fué llevado á Francia el año 1241, y en el siguiente colocado con la corona de espinas del Salvador en la capilla que el santo rey acababa de edificar en su palacio, y que se llamó despues la santa Capilla.

Otra porcion muy considerable del sagrado madero de la cruz, dada á su abuelo Felipe Augusto, por Balduino, primero de este nombre, emperador de Constantinopla el año 1205, se habia depositado en la abadía de S. Dionisio, de suerte que con lo que se habia ya repartido de él en las diferentes iglesias y monasterios del reino, puede decirse que la mayor parte de la verdadera cruz se halla en Francia.

§. LXX.

De los sagrados clavos, de la santa corona de espinas, del título de la cruz, y de la esponja que fué presentada á Jesucristo en la cruz.

Con la cruz del Salvador del mundo se hallaron tambien los sagrados clavos que habian traspasado sus manos y sus pies: fué fácil distinguirlos de los que habian servido para la crucifixion de los dos ladrones, porque estos estaban comidos del robin, al paso que los del Salvador se habian conservado milagrosamente, y parecian enteramente nuevos. Santa Elena hizo todo el caso que debia de una reliquia tan preciosa: envió dos al emperador Constantino su hijo, para emplearlos en forjar el bocado de la brida del caballo del emperador; á lo cual S. Gregorio de Tours, despues de S. Ambrosio, Teodoreto, y algunos otros padres,

aplica el versículo 20 del capítulo 14 del profeta Zacarías : *En aquel dia lo que sirve de bocado á la brida del caballo será santo, y consagrado al Señor*. Uno de estos santos clavos se conserva en Carpentoria, ciudad episcopal del condado Venesino, y esta preciosa reliquia se la celebra con fiesta particular en aquella ciudad, bajo del título del santo Clavo; otro se venera en Milan en la magnífica iglesia llamada el Domo de Milan, adonde fué trasladado con gran solemnidad por S. Cárlos. Santa Elena hizo engastar el tercero en la diadema de su hijo Constantino; y san Ambrosio asegura que el cuarto fué arrojado en el mar Adriático, por mandato de esta princesa, para apaciguar una furiosa tempestad que iba á tragarlo todo. Asegúrase que este clavo no se perdió, sino que volvió sobre las aguas como en otro tiempo el hacha del profeta Eliseo, lo que le dió mucho mas valor para todo el mundo, y se cree que es el que se guarda en París en la santa Capilla, ó en la iglesia de S. Dionisio. Algun tiempo despues Sta. Elena regaló tambien á la iglesia de Roma, llamada de Santa Cruz de Jerusalen, el que habia sido colocado en el casco ó diadema del emperador; y si se encuentran algunos fuera de estos, no hay duda que no son mas que clavos mezclados con limadura de los verdaderos clavos del Salvador, los cuales por esta mezcla no son menos dignos de nuestro culto.

La corona de espinas consagrada por la cabeza y la sangre del Salvador, ha sido siempre mirada, y con razon, como una de las mas preciosas reliquias. Este tesoro habia sido trasportado á Constantinopla, á lo que parece, por el gran Constantino, que nada dejaba que hacer para enriquecer su nueva ciudad imperial. Conservábase esta preciosa reliquia todavía en Constantinopla en tiempo de los emperadores franceses al principio del siglo XIII. Habiéndoles reducido la necesidad de sus circunstancias á empeñar lo mas precioso que tenian para defenderse contra los griegos, fué empeñada la santa corona á los venecianos por sumas considerables que habian prestado. Habiéndola ofrecido el emperador de Constantinopla como puro donativo á S. Luis, el santo rey la aceptó con gran placer; envió á desempeñar la reliquia que ya habia sido trasladada á Venecia, pagó las deudas de Constantinopla, é hizo aun otras remesas de dinero al emperador. Fué traida la corona á Francia el año 1239. Salió el rey á recibirla á cinco leguas de Sens, seguido del clero y de toda la corte : hízose la ceremonia con una pompa tan magnífica como religiosa; depositósela primero en la capilla de S. Nicolás, desde donde fué trasladada dos años despues á la santa Capilla : despues se ha hecho una gran distribucion de las espinas de esta

sagrada corona, con el consentimiento de nuestros reyes, en favor de muchas iglesias no solo de Francia, sino tambien de los demás reinos. La santa Capilla de París fué dedicada bajo del título de la santa Corona de Espinas el año 1248, y se renueva la fiesta de la dedicacion todos los años el 26 de abril, igualmente que la fiesta de la traslacion que se hizo de Venecia á París en tiempo de S. Luis, la cual se celebra el 11 de agosto de cada año. Por lo que hace al cartelon en donde estaba escrito : *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*, se asegura que Sta. Elena lo envió á Roma, y que fué colocado en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen, en donde se guarda con veneracion; y si algunos otros se veneran en otras iglesias, no pueden ser mas que copias del verdadero que se halló en Jerusalen.

La esponja que fué presentada á Jesucristo moribundo, se ha mirado por todos los fieles como uno de los instrumentos de la pasion del Salvador, y en este concepto como un objeto digno de su veneracion : habíase conservado muchos siglos en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalen; mas habiendo sido tomada esta ciudad, y saqueada por los persas el año 614, fué llevada esta preciosa reliquia á Constantinopla el dia 14 del mes de setiembre del mismo año. Una parte fué despues enviada á Roma, y depositada en la iglesia de S. Juan de Letran, en donde se muestra todavía hoy; y habiendo sido la otra tambien empeñada á los venecianos con la santa corona, fué traida á París por S. Luis y colocada con las otras reliquias en la santa Capilla. Guárdase en Roma en la iglesia del Vaticano la lanza con que fué traspasado el costado de Jesucristo despues de su muerte en la cruz; pero entre todas estas santas reliquias, se han mirado siempre como las mas preciosas los santos sudarios que habian servido para sepultar el cuerpo de Jesucristo.

§. LXXI.

De los santos sudarios que sirvieron para sepultar el adorable cuerpo de Jesucristo, y primero del de Besanzon.

Todos los cuatro Evangelistas convienen en que habiendo sido desclavado de la cruz, despues de su muerte, el cuerpo adorable de Jesucristo, fué envuelto en lienzos muy limpios. S. Marcos dice que José de Arimathea compró para esto una sábana nueva, en la cual fué envuelto el precioso cuerpo antes de ponerle en el sepulcro.

El modo de sepultar entre los judíos era cubrir el rostro con